

***De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956)*, edición, introducción y notas de Francisca Montiel Rayo, Madrid: Fundación Santander, 2020. 175 pp. (Col. Cuadernos de obra fundamental). ISBN: 9788417264222.**

DOI: 10.5944/rei.vol.9.2021.31800

Reseña de MARÍA TERESA GONZÁLEZ DE GARAY FERNÁNDEZ
Universidad de La Rioja

Francisca Montiel Rayo, profesora de Literatura española de la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro fundador, desde su creación en 1993, del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), ha publicado esta edición de las cartas a Gabriela Mistral con el rigor y oportunidad a los que nos tiene acostumbrados. Es un ejemplo perfecto de lo que ella misma denomina “sororidad epistolar” en su excelente introducción de veinte páginas. El contenido consiste en un conjunto, incompleto y variado, por el lapso tan breve de tiempo en el que las cartas son escritas, y en las que a menudo se ha perdido la respuesta, de mujeres exiliadas que intercambian sentimientos de afecto profundos con Gabriela Mistral, confidencias personales e intelectuales, saludos, reconocimientos y peticiones de aliento y apoyo. Todas ellas contextualizadas y comentadas en la introducción anteriormente mencionada de Montiel Rayo, experta en temas sobre el análisis, exhumación y edición de cartas, diarios, memorias y autobiografías de escritores del exilio republicano de 1939, como el lector puede comprobar en su reciente libro (Montiel, 2018).

Teresa Díez-Canedo, María Enciso, Maruja Mallo, Ana María Sagi, Francesca Prat i Barri, Margarita Nelken, Victoria Kent, Zenobia Camprubí, María Zambrano y María de Unamuno son las exiliadas de las que se rescatan cartas a Gabriela Mistral, hasta ahora nunca editadas. También se recogen respuestas de la poeta chilena a Teresa Díez Canedo, María Zambrano, Margarita Nelken y María de Unamuno. Mientras que podemos leer varias respuestas a Teresa Díez-Canedo, siete cartas en total, seis a Margarita Nelken, solo una carta de Mistral se dirige a María

Zambrano, una a María de Unamuno y otra a María Enciso: un total de diecisiete respuestas frente a las treinta cartas que dirigen estas interlocutoras exiliadas a la maestra, escritora, amiga y diplomática Gabriela Mistral. Las cartas de estas diez exiliadas republicanas se encuentran en el archivo personal de Gabriela Mistral. Proceden de Francia, en la que se refugiaron decenas de miles y miles de exiliados en 1939, y de América: Estados Unidos, Colombia, Argentina, Puerto Rico, Cuba, Argentina y el generoso México de Lázaro Cárdenas, país que favoreció la acogida y el arraigo de tantos exiliados y en cuyo territorio Mistral vivió en diversas épocas de su vida, considerándolo su segunda patria.

Este libro finaliza con dos textos que realizan un sintético retrato y elogio de Gabriela Mistral. Titulados “Semblanzas y recuerdos”, fueron publicados por la exiliada andaluza, María Enciso (1947: 157-160) y por Victoria Kent (1957). Un hermoso homenaje a la autora de *Tala*, premio Nobel de Literatura en 1945.

El volumen cumple a la perfección el objetivo de la investigadora Montiel Rayo, el de ir completando la no desdeñable literatura epistolar del exilio femenino (recordemos, entre otras, las interesantes y reveladoras cartas, ya editadas, de Rosa Chacel o de Carmen Manzano, esposa de Rafael Dieste), en momentos en los que el interés del público en general y de los estudiosos crece ante los testimonios directos, íntimos o prácticos, de los protagonistas del exilio republicano de 1939 y de nuestra cultura en el siglo XX. Escribe Francisca Montiel Rayo en su introducción:

Su exhumación contribuye a conocer mejor a sus autores, al tiempo que desentraña algo más de la historia y la intrahistoria de un período de nuestro pasado reciente todavía no explorado en su totalidad. Conviene ahondar en el conocimiento de las redes de cooperación que los expatriados establecieron con los principales actores de la vida pública en Hispanoamérica —donde residió la mayor parte de ellos—, redes que a menudo fueron sostenidas a través de la correspondencia. (p. 28)

También aporta la lectura de estas cartas una mayor visibilización de los “trabajos y los días” de las mujeres que se vieron obligadas

a dejar su patria y empezar de nuevo, tanto reconstruyendo sus hogares como retomando su profesión en países desconocidos y poco propicios a reconocer la valía de estas mujeres intelectuales, dedicadas a la política y a la cultura en los campos de la literatura y el arte en general.

En su testimonio y homenaje sobre Mistral, Victoria Kent pone el foco en el profundo amor y conocimiento que esta tiene de España y del idioma y la literatura españolas. El dolor con el que vivió la Guerra civil y el exilio de tantos españoles, especialmente duro cuando piensa en los niños vascos, le hace dedicar *Tala* a prestar ayuda a los mismos. En la última página del libro que reseñamos escribe Gabriela Mistral: “Alguna circunstancia me arranca el libro que yo había dejado para las Candelas por dejadez Criolla. La primera vez el maestro Onís y los profesores de español de Estados Unidos forzaron mi flojedad y publicaron *Desolación*: ahora entrego *Tala* por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo” (p. 172), añadiendo más adelante:

Es mi mayor asombro, podría decir también que mi más aguda vergüenza, ver a mi América española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos. En la anchura física y la generosidad natural de nuestro continente, había lugar de sobra para haberlos recibido a todos, evitándoles la estada en países de lengua imposible, en climas agrios y entre razas extrañas. El océano esta vez no ha servido para nuestra caridad, y nuestras playas, acogedoras de las más dudosas emigraciones, no han tenido un desembarcadero para los pies de los niños errantes de la desgraciada Vasconia. Los vascos y medio vascos de la América hemos aceptado el aventamiento de estas criaturas de nuestra sangre y hemos leído, sin que el corazón se nos arrebate, en la prensa de cada mañana, los relatos desgarrantes del regateo que hacían algunos países para recibir los barcos de fugitivos o de huérfanos. Es la primera vez en mi vida que yo no entiendo a mi raza y en que su actitud moral me deja en un verdadero estupor.

El conocimiento directo y profundo que la poeta chilena tiene de España procede, además, de los años, entre 1932 y 1935, en los que desempeñó su función diplomática como cónsul de Chile en Madrid. En esos años conoció a las mujeres que posteriormente deberían exiliarse y

con ellas mantuvo contacto epistolar, además de encuentros ocasionales, muy añorados y felices en diferentes países. Su testimonio niega los rumores que en alguna ocasión se vertieron contra ella, acusándola de antiespañolismo.

De Teresa Díez-Canedo, buena amiga de Gabriela Mistral, leemos seis cartas entrañables, fechadas entre 1942 y 1955, en las que se desahoga respecto al dolor que aún siente por el reciente fallecimiento de su esposo, el escritor Enrique Díez Canedo. Teresa es ejemplo de un modelo de mujer que se repite, la de esposa abnegada y leal que pone su vida al servicio de su marido y de la obra de éste. Es lo que hicieron María Teresa León, Carmen Manzano o Zenobia Campubrí por sus maridos. Teresa le confiesa estar muy a gusto en un México acogedor, evoca el amor que sintió por su esposo y lo bien que él se encontraba en las tierras aztecas:

Solo me consuela hablar de Enrique, Q. G. H. A usted la quería tanto, y la comprendía tan bien que, de reflejo, yo la quería igual, porque es verdaderamente una bondad inmensa de Dios identificarse con una persona por cariño ciego, y no ver más que por él y para él. Así fue mi vida con Enrique. Buenos, malos tiempos, regulares, todos eran iguales porque eran tiempos nuestros, acoplándome a ellos porque él se acoplaba, sintiendo lo que él sentía, y pareciéndome espléndidos porque lo tenía junto a mí. Esto solo a usted se le puede decir y, seguramente, solo a usted se lo digo, porque siempre, desde el primer momento, la quise mucho... (p. 36).

También le da noticia del matrimonio de sus hijos y le cuenta con detalle los nietos que tiene, a la vez que le solicita colaboraciones para la editorial que su hijo dirige (Segunda Floresta). Un foco importante lo pone en su tarea de clasificar y arreglar la obra crítica de su esposo, dispersa en artículos de *La Nación* de Buenos Aires y otras revistas y periódicos. También le comunica sus problemas de salud y sus viajes, así como detalla aspectos significativos de su breve estancia en EE. UU., siempre atenta a los ensayos críticos de su marido y sin poder olvidar lo sucedido en la Guerra Civil:

Pero yo, que no hablo inglés y mis fuerzas tanto de salud como de posibilidades son muy pocas, no me atrevo a emprender viaje sola por esos

mundos de Dios, además de que aquí todas esas cosas cuestan mucho. Sin embargo, creo que antes de irme voy a decidirme a hacer algo. Porque quiero publicar esas críticas. Toda la obra de Enrique quedó en Madrid. Yo la tenía clasificada y arreglada. Le faltaba el último vistazo que pensaba darle en estos años últimos que creyó él que serían con vida y de descanso. Ya sabe que mi casa, lo mismo que la biblioteca, fue saqueada... Y me cuesta mucho trabajo encontrar sus cosas y además sabiendo cómo las gastan las gentes de Franco... No olvide nunca cuánto y cómo la quiero, Gabriela. Pienso en que usted vio mis años de felicidad y aquel hogar sano. Reciba muchos besos de esta amiga fiel y triste. (p. 40)

Entre 1943 y 1947, leemos otras seis cartas de María Enciso, escritas en Colombia y México. El cariño y respeto están presentes en todas ellas, así como la confianza en pedirle ayuda y apoyo para sus proyectos literarios. No faltan recuerdos de los días felices en los que trató a Gabriela Mistral en Barcelona, en 1927, en la Residència de Estudiants de Catalunya, situada en un chalé del barrio de Sant Gervasi, así como reflexiones sobre la España franquista, con la esperanza viva de poder aún regresar un día a ella en libertad.

Maruja Mallo, siempre apasionada, escribe cuatro cartas, entre 1943 y 1954, en las que se interesa por su salud, recuerda los encuentros de Barcelona, expresa sus esperanzas de que el final de la segunda Guerra Mundial sea con victoria de los aliados y favorable a acabar con la dictadura franquista en España y da noticias de su intensa labor creativa y de sus exposiciones en Nueva York. “Naturalezas vivas” fue una exposición que tuvo mucho éxito y que visitó Mistral, pero en la que ambas no coincidieron, lo que la pintora sintió mucho: “Tenía unos inmensos deseos de verte. Te envío el catálogo. Escríbeme, me tienes olvidada completamente, y sabes que para mí eres inmensa” (p. 71). En 1954, desde Buenos Aires, le escribe confesando que su obra es la superación de sí misma y la justificación de su vida y le comunica la muerte del escritor uruguayo y fundador de la editorial Atlántica, Constancio Vigil, “que fue para mí un encuentro providencial, como cuando te encontré a ti, arcángelica Gabriela, después de atravesar la frontera de Portugal (...) Creo que hasta

los nombres son simbólicos. Nada hay al azar, algo de esto me dijiste en Portugal. El mundo es matemático” (p. 72).

De Ana María Sagi tenemos una carta fechada en París, en enero de 1946, pidiéndole colaboración:

Tal vez las numerosas recepciones oficiales hayan terminado ya y tal vez, después de haber prodigado su proverbial gentileza y haber observado, con curiosidad, ese singular mundillo de las letras, querrá usted recibir a esta periodista y poeta española, arrancada a su dulce tierra de Cataluña desde hace siete años. La revista *Per Catalunya*, órgano de los intelectuales en el exilio, solicita unas palabras suyas. (p. 77)

También Francesca Prat i Barri escribe en 1946 desde Montpellier una carta mecanografiada. La felicita por haber recibido el merecido Premio Nobel y le da noticias de la revista *Poesía* que está publicando, con su marido Antoni Bonet e Isard, pidiéndole disculpas por haber incluido un poema suyo sin consultarle previamente, debido a problemas de localización y falta de direcciones. Se refiere a “Recado para la Residencia de Pedralbes, en Cataluña”, de *Tala* (1938), dedicado a los niños vascos refugiados allí. También le solicita colaboración para la revista y le informa de los progresos en su carrera (se licenció entonces de filología románica y catalana, preparando seguidamente su doctorado) y de su familia (su hija quedó en Cataluña y el matrimonio tuvo un niño en Francia). Además del cariño, respeto y admiración, le confiesa con tristeza que no saben nada de los amigos que se exiliaron a América por los años 39 y 40.

Margarita Nelken escribe desde México, entre 1946 y 1949, cuatro cartas (dos manuscritas y dos mecanografiadas). Le pone al día sobre su situación familiar, le expresa admiración y cariño y le pide colaboración para la Agencia mexicana de Noticias Latinoamericanas en la que ella colaboraba. La ANLA funcionó solo un año a pesar del apoyo soviético. La “sororidad” entre ambas escritoras se refleja en los sentimientos de admiración y respeto intelectual y también en la empatía que las une por la pérdida de seres queridos (hijo, sobrino):

Quizá sepa usted hasta q. punto la desgracia y el dolor nos hacen hermanas: mi hijo, mi vida, voluntario en el Ejército Rojo, después de haber sido el oficial más joven de nuestra guerra, me lo mataron cuando ya le estábamos esperando... No había cumplido aún los 23 años. Que fue un gran héroe... Condecoraciones... Pero yo me he quedado con mi cruz a cuestas —doblándome— para lo q. me quede de vida. (p. 87)

La despedida revela la unión entre ambas: “La siento muy cerca, Gabriela. Si le sobran 5 minutos, dedíquemelos. Con Palmita, mi hija y yo pasamos toda una tarde charlando de Vd. Con frecuencia la “releo”. Con toda el alma, la abrazo” (p. 87). A esta carta parece responder una de Mistral, de entre las respuestas recogidas en este volumen, fechada en Brooklyn en mayo de 1946: “Entiendo su dolor. La causa es en su tragedia más clara que en la mía porque, según todas las últimas señales, a J. Miguel me lo suicidaron. Su niño murió peleándonos nuestra propia libertad, la suya y la mía”. Margarita Nelken también informa a Mistral del envío de su libro de poemas en homenaje al Ejército Rojo, *Primer frente*, publicado en 1944, cuando aún no sospechaba nada sobre la muerte de su hijo: “Son páginas llenas de mi hijo: se las mando porque sé q., por encima de cualquier diferencia ideológica, Vd. sentirá lo que llevan esas páginas. Y, sobre todo, lo q. suponen, para quien las escribió, lo que vino después” (p. 98). Tremendas y desnudas palabras que recogen bien el dolor maternal por las trágicas pérdidas, dolor añadido al fatigoso y exigente camino del exilio y de la creación. Dolor compartido y comprendido, pero no por ello menos agudo.

Solo una carta disfrutamos de Victoria Kent, fechada en México en 1950. En ella expresa la pena que siente al no poder coincidir con la poeta en México y la alegría por el poema que le dedicó en la revista *Sur* de Buenos Aires, “Mujer de prisionero”, incluido más tarde en su poemario *Lagar*. “Estoy encantada con mi poesía... Es muy bella. V. me leyó algunos trozos y la espero para tener un anticipo del deleite de su libro” (p. 97). Le pide asimismo una carta de recomendación para Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, impulsor de una reforma universitaria sin precedentes y responsable de la contratación de un buen número de exiliados en dicha Universidad. Las redes de apoyo intelectual fueron decisivas en el exilio y supusieron un alivio, un reto y un fuerte

estímulo para nuestros exiliados en general y las mujeres escritoras en particular: “Con toda la lealtad que nuestra amistad encierra, le ruego me diga si le complace o no escribir a Benítez. Yo podría dirigirme a él, pero en estas cuestiones siempre es preferible ir de una mano amiga, y más si esa mano es de la categoría de la suya. Gracias por todo, mi querida Gabriela, notifíqueme la fecha de su viaje y reciba un abrazo con mi afecto fiel y profundo” (p. 98).

Zenobia Camprubí escribe cinco cartas entre 1951 y 1953, desde Puerto Rico, donde acabó viviendo con su marido, Juan Ramón Ramón Jiménez. En ellas le cuenta alguno de los habituales baches de salud de Juan Ramón Jiménez (“y aun cuando J. R. nos dice que lo estamos matando, ha ganado 4 libras en dos semanas, y tanto el Dr. García Madrid, su abnegado médico, como yo creemos que está muy mejorado. La tez ha comenzado a broncearse, y aun cuando mucho menos frecuentes que en épocas normales, han empezado a aparecer sus sonrisillas irónicas”, p. 102), a la vez que le da detalles de sus proyectos de trabajo, del lugar donde viven y de los exiliados que frecuentan, todos ellos sobresalientes: Pepe de los Ríos, viejo amigo de la pareja y hermano menor del político socialista Fernando de los Ríos, que había vivido los primeros años de su exilio en Colombia y que acabó de fijar su residencia en Puerto Rico; Gabriel Franco, profesor de Economía en la universidad de Puerto Rico; las hermanas María y Mercedes Rodrigo, lectoras en dicha universidad; el escritor y sociólogo Francisco Ayala; el director teatral y dramaturgo Cipriano de Rivas Cherif; y el músico y profesor vasco Nicanor Zabaleta. Zenobia siente que viven en un patio paradisíaco y asume que a su marido hay que tratarle con mucho cuidado. También cuenta detalles interesantes respecto a las actividades culturales a las que asisten, mientras relata cómo se acuerda de Mistral en muchas ocasiones: “Hace pocos días di a Jorge Millás sus señas y anteanoche en *La esquina peligrosa* de Priestley, Con Rivas de Stanton, alguno de los presentes me dio nuevas noticias de Vd., no sé si de primera o segunda mano porque me parece que me debo estar poniendo vieja porque ni sé quién fue la persona. Pero quien fuera me dijo que no estaba Vd. allí muy contenta, cosa que me sorprendió muy tristemente pues, después de oír a Ezra Pound y de ver

las fotografías que él atesora, me figuraba que se encontraba Vd. en un verdadero paraíso” (pp. 104-105). Interesante esta mención a *La esquina peligrosa* de Priestley, porque demuestra que el dramaturgo británico era un autor conocido, admirado y familiar entre los exiliados españoles, entre los que queremos mencionar al poeta, dramaturgo, novelista y ensayista Pedro Salinas, que sin duda vio esa función y conoció muy bien a Priestley, como analicé en mi artículo “La Herida del tiempo” (González de Garay, 2019), lo mismo que Ezra Pound. Estas cartas de Zenobia son un retrato puntual, pero de primera mano, del ambiente cultural que rodeaba a nuestros exiliados en Puerto Rico y de la importancia de las instituciones universitarias, constituyendo un buen reflejo de lo que estaba ocurriendo en otros países de hispanoamérica y en EE.UU. También muestran detalles de lo que ya sabemos por sus *Diarios*, ese fervor y cuidados constantes por la obra y salud de Juan Ramón y cómo vivió y luchó siempre por editar inmejorablemente su obra y por conseguir el bienestar y salud del gran poeta que fue Juan Ramón. También habla a Gabriela Mistral, a petición de la poeta chilena, de asuntos relacionados con las gestiones que conoce sobre el tema de la concesión del premio Nobel para Juan Ramón Jiménez y cómo este no quiere hablar del tema. Pero se muestra feliz y optimista de poder estar juntos y a gusto en un país como Puerto Rico, de habla hispana y con unos compañeros del exilio que hacen felices a la pareja.

De María Zambrano disponemos de una carta, fechada en La Habana en 1953, pocos días después de que Mistral estuviera en La Habana asistiendo a los actos conmemorativos por el centenario del nacimiento de José Martí. Allí se reunieron y la carta parece continuar las conversaciones mantenidas en aquel encuentro. Le dice que no tuvo tiempo de hablarle de Chile, en el que residió, con su esposo, desde noviembre de 1936 hasta mayo de 1937. Y que ama a ese país. Que se alegra muchísimo del encuentro cubano con ella y que la quiere mucho y para siempre, aunque no se vean. Termina la carta con una confesión poética y que muestra un estado del ser que Gabriela debió comprender a la perfección: “me conmovió hasta lo más hondo la tierra pelada de Antofagasta. ¡También vengo del desierto!” (p. 118).

Otra carta, de María de Unamuno, cierra el capítulo epistolar de nuestras admiradas exiliadas. Está fechada en enero de 1956, en New London. Indica que le envía la última obra (póstuma) publicada de su padre, don Miguel de Unamuno, *Cancionero*, y se lamenta de que no ha quedado satisfecha de esta publicación, pero que no puede enviarle algo mejor por el momento. También le dice que la recuerda mucho y que había oído hablar tanto de ella a lo largo de su vida que “fue para mí una emoción inolvidable tener la suerte de conocerla personalmente” (p. 120). Con el deseo de volver a verla le confiesa que pasa sus días recogida en su cuarto con sus libros, acobardada por el frío y las nevadas de New London, pero que le hacen falta personas de carne y hueso con quienes comunicarse, aunque sea para reñir: “Este país tan admirable en tantos sentidos tiene para nosotros, españoles —no sé si para otros también, la lucha contra el aislamiento, al que contribuye en gran parte el idioma, como es natural” (p. 121).

De Gabriela Mistral tenemos nueve cartas dirigidas a Teresa Díez Canedo entre 1939 y 1948, una a María Zambrano de 1940, seis a Margarita Nelken, fechadas entre 1946 y 1949 y otra, de 1956, dirigida a María de Unamuno. En todas ellas se muestra amiga y admiradora, comprensiva, solidaria y cordial. Mistral sabe por lo que están pasando nuestras exiliadas y conoce perfectamente sus inquietudes, sus trabajos y sus días. A pesar de que la poeta chilena estaba abrumada por el tamaño de su correspondencia, responde y presta atención admirable a sus correspondientes y junto a la ayuda que les proporciona, no escatima palabras de aliento, de admiración y de amistad fraternal. Esa amistad que las mujeres sabemos apreciar y que llena nuestra alma de agradecimiento y de “sororidad”, sobre todo cuando se derrocha en tiempos tan difíciles como los fueron los del exilio y la terrible dictadura franquista.

Este es un libro que, a través del ramillete de cartas rescatadas, nos revela el espíritu de sus autoras y el de toda una época. Ojalá sigan exhumándose más cartas, más diarios inéditos, más testimonios. Así comprenderemos cada vez mejor a nuestras escritoras y nuestra historia.

Referencias bibliográficas

Enciso, María (1947), *Raíz al viento. Ensayos*, México: EDIAPSA.

González de Garay Fernández, María Teresa (2019), “La Herida del tiempo”, *Anales de la literatura española contemporánea*, 42, 2, pp. 27-46.

Kent, Victoria (1957), “Gabriela Mistral”, *Ibérica por la libertad*, 5, nº 2 (15 de febrero), pp. 9-10.

Montiel Rayo, Francisca L., ed. (2018), *Las escrituras del yo. Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*, Sevilla: Renacimiento.

Saneleuterio, Elia (ed.), *La agencia femenina en la literatura ibérica y latinoamericana*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2020. 382 pp. ISBN: 9788491921875.

DOI: 10.5944/rei.vol.9.2021.31311

Reseña de ANTONIO CAZORLA CASTELLÓN

Universidad de Almería

De la tradición académica norteamericana conocemos el concepto *agencia femenina*, entendido como cualquier mecanismo de resistencia de un sujeto en entornos hostiles. Así lo explica Elia Saneleuterio en la introducción del volumen que ella misma coordina, *La agencia femenina en la literatura ibérica y latinoamericana*. Con el capítulo introductorio, la profesora de la Universitat de València inaugura un total de veinte ensayos escritos por una rica nómina de investigadoras e investigadores de universidades españolas, latinoamericanas, estadounidenses, francesas y egipcias. Desde esta variedad de puntos de vista estudian la caracterización de personajes femeninos creados por casi una treintena de escritoras y algunos escritores de ambos lados del Atlántico y de distintos periodos históricos. La necesidad de este volumen responde a lo